

Viaje al ¿Núcleo Crítico?

Hector Solsona Quilis

Enfrentarse a la lectura de la "Crítica de la Razón Pura" tiene ventaja e inconveniente. El inconveniente es que no es lo mismo leer "Las meditaciones metafísicas" de Descartes o "La República" de Platón que leer a Kant. La ventaja indudable: no es lo mismo leer la "Critica de la razón pura" que leer "La fenomenología del espíritu" de Hegel (si es que "eso" se puede leer). Sin lugar a dudas la filosofía ha de leerse en el original, yo no sé alemán, así que mi lectura se hace por traducción y traición. Dicen que hay que leer en el original porque los matices y giros intraducibles se pierden. Tal vez sea así, y los traductores estén de más, pero creo que fue Nietzsche en "El viajero y su sombra" quien advirtió que lo que no es traducible es precisamente lo bárbaro, lo idiota, lo que desde el punto de vista de la razón universal - caso de existir - es irracional y estúpida idiosincrasia. Yo trabajo con traducción[1], y que los alemanes se aclaren entre ellos como hermenéuticamente puedan a la hora de echar mano a la "Kritik der Reinen Vernunft", por lo demás queda claro que no trabajo sobre la "Kritik" sino sobre la "Crítica", y con ella peleo como buenamente puedo. En lo que sigue no haré malabarismos etimológicos, o heideggeriadas, aunque tal vez sí habrá algo de funambulismo, y por qué no, funambulesco.

Anécdota Regulativa.

Kant, qué decir de Kant después de doscientos años de su muerte. Es conocida su vida metódica y regular. Conocida es la anécdota según la cual los habitantes de Koenigsberg ponían sus relojes en hora cuando Kant realizaba sus paseos diarios. Kant era pues el relojero de Koenigsberg, el hombre del tiempo, para sus vecinos: el hombre que regulaba sus relojes, un ciudadano ideal o la encarnación de una "idea regulativa", universalizado categóricamente una vez liquidadas las patologías del yo empírico para comportarse única y exclusivamente como un yo trascendental. Dicen también que un día faltó a su cita como regulador del tiempo, y es

[1] "La critica de la razón pura" de Kant la adquirí por trescientas pesetas en una librería de lance. Se trata de una edición en dos volúmenes a cargo de la editorial Orbis de la edición de Losada, traducida por Juan José del Perojo y José Rovira Armengol. Se trata de una obra que se incluye en la colección "Historia del pensamiento" con claras intenciones divulgativas. Bien encuadernada en algo que semeja piel azul y letras doradas puede hacer juego en las estanterías de la biblioteca doméstica. Una obra así no podía faltar en ningún domicilio de finales del siglo XX, aunque tal vez sí en los inicios del XXI. A esta edición referiré las citas del presente ensayo.
Kant es importante, el título de sus obras impresiona de tal modo que nunca se las podrá encontrar en la sección de esoterismo de los grandes almacenes, cosa que no ocurre con títulos como "La Fenomenología del Espíritu" que encontré junto a un tratado de astrología y espiritismo en la sección de librería de "El Corte Inglés".

que se había quedado absorto en la lectura del “Emilio” de Rousseau, al que consideró el “newton” de las ciencias sociales. También hay un antes y un después de Kant en la historia de la filosofía, como si Kant con su paso por ella, hubiese puesto los relojes en hora de la filosofía. Si esta anécdota es cierta muy posiblemente Kant sirviera para poner en hora también los relojes públicos de su ciudad, incluyendo los de sus iglesias: él decidía en última instancia cuando debían sonar con exactitud las campanas que marcan los ritmos de la ciudad. Queda la cuestión de saber cómo sabía él en qué tiempo se encontraba, grave responsabilidad para aquel que no puede fiarse de los demás relojes para ajustar el suyo, y se propone como idea regulativa o modelo universalizable de una máxima del obrar…Sea como fuere, los habitantes de Köenigsberg decidieron que Kant era un buen reloj de precisión. Tan importante es el tiempo en Kant que las campanas que tocan a duelo por la metafísica ya no suenan con tañidos “dong, dong, dong” sino más bien “ Kant, Kant, Kant…”.

La anécdota de este metódico relojero “koneigsbergense” encierra un dato significativo que no puede ser pasado por alto: el reloj es la invención, y la metáfora, por excelencia del llamado estadio tecnonatural mecánico frente al anterior estadio organicista. El reloj como mecanismo exacto, como sistemático engranaje de piezas perfectamente trabadas, encerradas en el interior de una caja que produce el fenómeno de las manecillas que se mueven, sin prisa pero sin pausa, indicando la hora en la que estamos sincronizados en el reino de los fines. O una agenda en la que no hay huecos para perder el tiempo, ese tiempo tan precioso del que ya Séneca había advertido su importancia en “Sobre la brevedad de la vida” y que Kant supo exprimir hasta hacer de él el núcleo íntimo, no sólo de su vida, sino también de su “Crítica de la razón pura”…Y de ese aspecto pienso hablar aquí, doscientos años más tarde de la muerte del “sereno administrador” del día de la razón llamado Kant, que como hombre sabio, supo entregarse a la búsqueda de la sabiduría muy lejos de pretender el saber absoluto, consciente de los límites, o mejor, del límite por excelencia en el que estamos encerrados: el tiempo. Y en cambio dicho límite no fue externo, sino interno, y además pareció ser, él mismo, producido por Kant (tal vez en sus paseos como relojero de Koenigsberg - y luego dicen que la filosofía de los filósofos no sirve para nada).

Intuyendo la Nada.

Kant negó que los humanos tuviésemos intuición intelectual, es decir, capacidad para que todo lo diverso que existe en el sujeto le sea dado de forma espontánea en la pura apercepción de la representación simple del yo. La intuición intelectual era la facultad que desde siempre representó el acceso directo al conocimiento como una visión esencial a través de un órgano: el ojo metafórico del alma platónica que veía la esencia en sí, o esa intuición clara y distinta cartesiana de un objeto inmediatamente presente a una conciencia atenta, o la pura inteligibilidad *per se* sin mediación alguna. Esto es lo que Kant no pudo aceptar jamás. La cuestión reside en entender por qué Kant negó la posibilidad de la intuición intelectual para el humano.

La comprensión de esto reside en el cambio de concepción en lo que es el conocimiento y lo novedoso del planteamiento kantiano consiste en la idea de que el conocimiento es una relación, una síntesis. De antiguo se pensó que conocer un objeto era formarse una idea del mismo, una idea de contenido no contradictorio, idéntica platónicamente, o indubitable cartesianamente. Kant nos dirá que eso sólo no basta, que para conocer un objeto hay que elaborar un juicio en el que se pongan en relación de síntesis una diversidad bajo una unidad que los piense. El pensar no

contradictorio no nos asegura el conocimiento de objeto alguno, una cosa es conocer y otra pensar, nos dirá Kant; ni siquiera la no contradicción lógica del pensamiento asegura la posibilidad del objeto pensado según el primer postulado del pensamiento empírico, porque en Kant, el pensamiento está remitido a la experiencia constantemente en última instancia. Incluso cuando realiza un pensar trascendental se ve obligado a remitirse constantemente a la sensibilidad pura a priori, y en especial al tiempo, del que afirma en la estética transcendental:

"El tiempo es la condición formal a priori de todos los fenómenos en general. El espacio, como la forma pura de todas las intuiciones externas, sólo sirve como condición *a priori* para los fenómenos externos. Por el contrario, como todas las representaciones, tengan o no como objeto cosas exteriores, pertenecen, sin embargo, por sí mismas, como determinaciones del espíritu, a un estado interno, y puesto que este estado, bajo la condición formal de la intuición interna, pertenece al tiempo, *es el tiempo una condición a priori de todos los fenómenos en general; es la condición inmediata de todos nuestros fenómenos internos (de nuestra alma) y la condición mediata de los fenómenos externos*. Si puedo decir *a priori*: todos los fenómenos exteriores están en el espacio y son determinados *a priori* según las relaciones del espacio, puedo afirmar también en un sentido amplio y partiendo del principio del sentido interno: *todos los fenómenos en general, es decir, todos los objetos de los sentidos están en el tiempo, y están necesariamente sujetos a las relaciones del tiempo*" (CRP, I Teoría elemental trascendental; 1ª parte, estética trascendental, sección 2ª parágrafo 6, apartado c.)

La cita es larga, pero merece la pena observar la prioridad del tiempo sobre el espacio y su referencia exclusiva a los fenómenos, pues como afirma inmediatamente a continuación, "el tiempo es un pensamiento vacío (nada) si hacemos abstracción de nuestra manera de intuición interna". Básicamente: toda representación no sólo se nos da en el tiempo sino que se nos da ordenada por la forma misma del tiempo. Esto es importante para entender porqué no hay intuición intelectual. A priori el tiempo contiene relaciones de sucesión, de simultaneidad y de lo simultáneo con lo sucesivo (lo permanente). Pero tales relaciones sólo pueden producirse cuando nos es dado algo, una materia por la que hemos sido afectados, sin ésta, aquellas relaciones son nada. Lo sorprendente es que Kant afirma que la forma de la intuición *(Observaciones generales sobre la estética trascendental. paragrafo 8)* es "*la manera según la cual el espíritu ha sido afectado por su propia actividad*, por esta posición de su representación, por consiguiente, por sí mismo, es decir, un sentido interno según su forma" es por ello que el espíritu, el sujeto que se aprehende a sí mismo por la forma del sentido interno debe captarse ordenadamente de forma sucesiva y simultánea a la vez, es decir, como algo permanente, como la representación de un Yo simple, pero en tanto representación, el yo no puede acceder a su vez a la captación de sí mismo en toda su diversidad, porque por un lado debe hacerlo sucesivamente contenido por contenido, y por otro lado, debe captar dicho contenido simultáneamente con la propia representación de sí mismo, excluyendo necesariamente todo otro contenido si quiere seguir siendo un yo que capta algo diferente de sí: el espíritu se capta a sí mismo según la manera de ser afectado interiormente, no como él es sino tal como se aparece a sí mismo.

No hay intuición intelectual porque el espíritu se capta a sí mismo en un tiempo en el que, para que lo haya, se debe dar un contenido diferente del tiempo mismo que sea ordenable en las relaciones temporales de sucesión y simultaneidad, pero la simultaneidad lo es sólo de dos cosas permanentes: el yo que se representa la cosa, y la cosa que es representada, y ambas a su vez excluyen necesariamente el resto de

contenidos. O dicho a lo moderno: según el teorema de Claude Shannon, no existe el canal perfecto de comunicación, es decir, no podemos transmitir señales a un ritmo superior a C/H donde C es la capacidad (en bits por segundo) del canal y H es la entropía (en bits por símbolo) de la fuente.

Echándole Imaginación al Tiempo.

Ya el tiempo se presenta desde el inicio de la Crítica como pieza clave de la crítica kantiana, pero avanzando en la misma tras reprochar al racionalismo que la diferencia entre entendimiento y sensibilidad no es lógica sino trascendental, es decir, insinuando que es imposible la reducción o equivalencia, en un único principio, del principio de no contradicción (inteligibilidad del concepto) y del principio de razón suficiente (explicabilidad de la cosa), o lo que es lo mismo, negando el ideal del conocimiento puramente deductivo por carecer de intuición intelectual de un contenido inicial que contenga en sí la totalidad de las cosas, Kant nos lanza el consabido “el entendimiento no puede percibir y los sentidos no pueden pensar cosa alguna. Solamente cuando se unen, resulta el conocimiento”, abriéndonos la idea de una lógica trascendental en donde elabora su nueva concepción del conocimiento desmarcándose definitivamente de las Scylas y Caribdis dogmático-racionalistas y escéptico-empiristas. Pero ahondando un poco entre la sensibilidad y el entendimiento se descubrirá una misteriosa función del entendimiento llamada imaginación:

“*Es la síntesis, en general, como próximamente veremos, la simple obra de la imaginación, es decir, una función ciega, aunque indispensable del alma, sin la cual no tendríamos conocimiento de nada*, función de la que rara vez tenemos conciencia. Pero es una función que pertenece al entendimiento, y que es la única que nos procura el conocimiento propiamente dicho, el llevar esta síntesis a *conceptos*” *Sección tercera, §10 del capítulo primero del Libro primero de la Analítica trascendental de la Critica de la Razón Pura.*

Así que lo que falta en el racionalismo y en el empirismo es imaginación. La pura razón y la pura percepción carecen de significación…o imaginación, o dichos sistemas filosóficos no reparan en el papel que juega la imaginación en el conocimiento.

Dos Lógicas para un Sujeto Roto.

En la lógica trascendental Kant desmarca la lógica formal de la trascendental, la lógica formal hace abstracción de contenido del conocimiento y no investiga el origen del mismo, la lógica trascendental sí realiza dicha investigación. Deja sentado que la Critica presupone la definición de verdad como conformidad del conocimiento con su objeto, pero inmediatamente establece que no se trata sólo de una conformidad formalmente lógica, es decir, que el principio de no contradicción es condición *sine qua non* (puramente negativa) de toda verdad pero que él solo no basta para asegurar la conformidad con el objeto aún cuando el conocimiento concuerde perfectamente con la forma general (sin contenido) del pensar.

Esto se debe a que el contenido del conocimiento ya no es una esencia o idea pensada del objeto, sino lo que Kant llama una materia. Es precisamente la verdad de esta materialidad (el objeto) del contenido del conocimiento lo que hay que aclarar mediante un principio lógico trascendental diferente del puramente formal, porque

ahora de lo que se trata es, no de pensar el objeto, sino de constituirlo como tal objeto para un sujeto, y para luego ser juzgado en sus relaciones con el sujeto y con otros objetos en su verdad objetiva. Esta es la nueva determinación del conocimiento en Kant, su referencia a lo que él llama experiencia (una construcción del entendimiento humano sobre bases intuidas sensiblemente) distinguiéndola de la simple percepción (modelo de inmediatez congnoscitiva que dio lugar a la metáfora de la visión intelectual). Conocer es relacionar.

Y aquí vuelve otra vez a aparecer el tiempo como determinante esencial no sólo del conocimiento humano sino también de la estructuración lógico-trascendental del mismo. Se ve esto a las claras en cómo Kant elimina del principio de no contradicción la determinación temporal; en cómo exige la interpretación temporal de los conceptos puros del entendimiento mediante el esquematismo de las categorías; en cómo el tiempo es el núcleo de los principios dinámicos del entendimiento (analogías de la experiencia) que estructuran la experiencia como tal proporcionando una prueba del principio de razón suficiente independiente del principio de no contradicción (y lo significativo de esto es que al separar ambos principios la razón suficiente de las cosas pierde su carácter necesario, es decir, se trata de una razón de ser contingente averiguada empíricamente y no deducida lógicamente por no contradicción) y en cómo la determinación de mi existencia en el tiempo prueba la existencia de objetos fuera del yo en la refutación del idealismo.

Esto último es importante para entender el ataque a la metafísica dogmática, sobre todo contra el llamado argumento ontológico. Efectivamente, el núcleo de dicho argumento es, tal como lo entiendo, que el principio de no contradicción es una razón suficiente para probar que el objeto pensado (Dios) existe necesariamente. Pero existir en Kant es ser dado en la experiencia, y la experiencia es un enlace necesario de percepciones. Pensemos, por ejemplo, en el constante regreso causal al infinito de las vías tomistas. El concepto de causalidad se emplea vacío de significado, es decir, puramente *a priori*. La relación entre la causa y el efecto es puramente lógica y se aplica a un objeto pensado pero no dado. Kant nos dirá que los conceptos puros del entendimiento sólo adquieren significado por su referencia a los objetos de la experiencia, es decir, por la posibilidad de ser esquematizados:

“Los esquemas de los conceptos puros del entendimiento son, pues, las solas y verdaderas condiciones por las que pueden esos conceptos ponerse en relación con objetos y recibir, por consiguiente, *significación*” (CRP. Libro segundo de la analítica trascendental. Cap. 1º. Del esquematismo de los conceptos puros del entendimiento.)

La misma función del entendimiento, es decir, la imaginación, realiza las síntesis que el entendimiento debe juzgar primero formalmente y más tarde trascendentalmente conforme a principios. La imaginación es ambigua, pertenece tanto a la sensibilidad como al entendimiento. Kant distingue entre dos tipos de imaginación, la empírica (reproductora: síntesis por leyes empíricas de asociación) y la trascendental (productora), la primera es una síntesis figurada. “La imaginación es la facultad de representar en la intuición un objeto aunque no este presente. Mas como toda intuición nuestra es sensible, la imaginación pertenece a la sensibilidad […] Pero sin embargo, por ser la síntesis una función de la espontaneidad (la cual es determinante y no simplemente determinable como el sentido…) es la imaginación una facultad de determinar *a priori* la sensibilidad, y su síntesis de las intuiciones, conforme con las categorías, debe ser la síntesis trascendental de la imaginación” (p. 174.)

Núcleo Crítico.

En las analogías de la experiencia Kant analiza la categoría de relación, su principio genérico dice: “La experiencia es sólo posible por la representación de un enlace necesario de percepciones”. (En la primera edición el principio decía:” todos los fenómenos están sujetos en cuanto a su existencia, a reglas a priori que determinan sus relaciones reciprocas en el tiempo” p. 202.).

Quedan desglosado este principio en el principio de permanencia de la sustancia, de la sucesión en el tiempo según ley de causalidad, y el principio de simultaneidad según ley de la acción recíproca o comunidad. Este desglose del principio general indica al parecer que estos tres principios están unidos sintéticamente en la experiencia y que sólo se pueden separar analíticamente a efectos de exposición, así, allí donde se da conocimiento de algo se ven implicadas necesariamente sustancia, causalidad y comunidad. ¿Qué significa esto?

Tal vez que el núcleo de la Crítica de la Razón Pura se esconda en la analítica de los principios, sobre todo en las analogías de la experiencia, lugar en el que Kant trata los conceptos de sustancia y causa, objeto de las críticas empiristas, retraducidos a la base intuitiva del tiempo como fundamento de la unidad de la naturaleza.

Al finalizar la exposición de la tercera analogía Kant advierte que puede ser tomado este capítulo como una prueba del principio de razón suficiente. Tal vez el principio de razón hacía excesivo hincapié en la causalidad, pasando por encima de la sustancia y la coexistencia. Efectivamente, el tiempo, en cuanto intuición pura que contiene puras relaciones es sucesión, duración y simultaneidad. El principio de razón suficiente, entendido desde la perspectiva de una ordenación sucesiva de acontecimientos ligados causalmente, en el sentido de que unos generan a otros, produce en su aplicación la idea de una causa primera de todo, una *causa sui* (que acabó reuniendo en sí la infinitud del proceso causal, inabarcable para la mente humana, bajo la forma de causa infinita) de la que deductivamente, como principio lógico, se extrae el mundo y las cosas del mundo como un todo creado.

Pero desde la perspectiva kantiana la creación de las cosas del mundo no existe, puesto que lo que se puede verificar es el cambio de estado en la sustancia pero no su aparición o desaparición por la primera analogía que explicita la permanencia de la sustancia. “Una creación no puede admitirse como suceso, porque su sola posibilidad rompería la unidad de la experiencia” (p. 215) nos dirá en la segunda analogía de la experiencia. Las tres analogías de la experiencia dejan claro que el objeto esta determinado por los tres modos del tiempo indisolublemente unidos, y que no se puede pensar el tiempo sólo como sucesión, sino que estamos obligados a pensarlo también como simultaneidad y permanencia, esto constituye un mundo de cosas encerrado en sí mismo, autosubsistente, finito y del que no hay más allá *imaginable.*

Así afirma Kant: “Nadie ha pensado en las otras dos analogías, aunque se sirvan siempre de ellas sin notarlo. Y porque no pensaron en esto, sucedía que les faltaba el hilo conductor de las categorías, el que sólo puede descubrir y hacer sensibles todas las lagunas del entendimiento, así en los conceptos como en los principios” (p. 221). El hilo conductor es la posibilidad de la experiencia cuya forma esencial es la unidad sintética de apercepción que contiene *a priori* las condiciones de la determinación temporal. Hay una expresión extraña cuando Kant habla del esquema del número: “El número no es, pues, más que la unidad de la síntesis de lo diverso de

una intuición homogénea en general *al introducir yo el tiempo mismo en la aprehensión de la intuición*" (p. 187) y también "Lo que determina al sentido interno es el entendimiento y su facultad originaria de enlazar los elementos diversos de la intuición, es decir, de componerlos bajo una apercepción (como aquello en que radica su propia posibilidad)." (p. 175.) Dicha facultad es la imaginación…

El Horror Kantiano.

Decía al principio que Kant era un ciudadano metódico y regular. En cambio sus investigaciones son la lucha constante y perpleja contra el caos: un yo cargado de responsabilidad, de enorme responsabilidad: legislar *a priori* a la naturaleza sobre la base ambigua de una facultad intermedia: la imaginación. Valgan algunas citas que muestran el ánimo kantiano…en la 1ª edición que se atemperó en la 2ª. Se suceden las expresiones de extrañeza y paradoja en el ánimo kantiano en la primera edición de "La Crítica de la Razón Pura", que aparece en mayo de 1781 (segunda edición en 1787), representa la investigación -la crítica- a la que Kant somete a la razón humana, sensación que desaparece en el segunda edición donde simplifica el papel de la imaginación. La imaginación es un híbrido entre sensibilidad y entendimiento. Es una facultad del alma humana que Kant no sabe como tratar, tal vez sea el reino de lo posible y haya que echarle imaginación….

La simple percepción sin el enlace que procura la unidad del entendimiento haría posible "que un caos de fenómenos llenara nuestra alma" (p.161 1ª edición). Sin la categoría de causalidad "las percepciones tampoco pertenecerían a experiencia alguna, carecerían de objeto sin ser más que un juego ciego de representaciones, es decir, menos que un sueño" (p.161. 1ª edición) o referido a las representaciones reproducidas por la imaginación tal como aparecen sin formar un encadenamiento, dice, "no serían más que una aglomeración sin regla alguna" (p. 164 1ª edición), o esa experiencia que sería "una rapsodia de percepciones sin enlace entre sí" (p. 192. 2ª edición). Pues el equipo *apriórico* puede enfrentarse a situaciones desagradables. "No representan, por el contrario, las categorías del entendimiento, las condiciones bajo las cuales los objetos se dan en la intuición, y por consiguiente, pueden aparecer como tales objetos sin que necesariamente tengan que relacionarse con las funciones del entendimiento y sin que este contenga las condiciones a priori de los mismos." (p.153).

"Parece en verdad, muy *extraño y absurdo* que la naturaleza se regule en nuestro principio subjetivo de la apercepción y dependa, por tanto, de él en cuanto a su legalidad" (1ª edición. p162). "*Aunque parezca extraño*, resulta claro de todo lo que precede que la experiencia es sólo posible mediante la función trascendental de la imaginación, la afinidad de los fenómenos y con ella la asociación, y por ésta, la reproducción según leyes. Sin ella, no concurrirían nunca conceptos de objetos a la experiencia" 1ª edición (p. 164) E insiste: "*Por extraordinario y absurdo* que parezca ser el decir que el entendimiento es la fuente de leyes de la naturaleza, y por consiguiente la unidad formal de la naturaleza, no deja de ser esta afirmación exacta y perfectamente conforme con el objeto, es decir, con la experiencia" 1ª edición. (p.166).

Kant 2004

La crítica kantiana es comparable a las pirámides de Egipto, como una de las maravillas del mundo del espíritu en donde esta enterrado y momificado el cadáver de

la metafísica. Tuvo cuidado Kant en embalsamar la faraónica metafísica dejándola en el interior de su crítica al amparo del tiempo. Allí yacen las Ideas como objetos de creencia en las que ya no podemos creer. Podemos visitar esas Ideas, y la Critica de la Razón Pura, como el recuerdo de nuestra visita a una librería de lance, y quitar el polvo a esos dos tomitos encuadernados en azul de una colección de Historia del Pensamiento, para divulgación cultural en la sociedad de masas consumidoras. Pero si por alguna de aquellas, a alguien se le ocurriera transitar sus páginas, no tema encontrarse con un señor bajito, algo hipocondríaco y obsesivo, empeñado en construir una experiencia única posibilitada metafísicamente que acaba con todas las metafísicas. El susto puede ser mortal: un yo lógico trascendental sin existencia real que imagina la unidad de la experiencia en base a principios para no volverse loco…